



ECOVERDE

Una revolución pendiente

Si como humanidad no queremos despeñarnos por el precipicio de la autoaniquilación, no nos cabe otra: tenemos que transformar el sistema. Como para ello urge llevar a efecto importantes acuerdos en el tablero de la globalización, sería conveniente aprovechar las ocasiones que ofrece 2018. Por ejemplo, el Foro Económico Mundial, tanto en su versión tradicional de Davos, como en la programada para São Paulo; las reuniones del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional, previstas para octubre; o la cumbre de la Cooperación Económica Asia-Pacífico de noviembre. Por lo demás, son también necesarios ajustes finos en las políticas nacionales, como en la lucha contra la corrupción y la estabilidad institucional fundamentada en sólidos basamentos constitucionales. Resulta apremiante sacudir el lastre de la galbana cultural que, hija de la indolencia y enemiga del espíritu emprendedor, narcotiza a medio mundo, impidiendo desplegar creatividad y desarrollar nuevas capacidades.

Sobre todo, es necesario cuestionar a fondo el telos de la economía; pues no sólo vale la pena, sino que es urgente repensar cuál sea el fin último de la actividad económica y de la Economía como ciencia... ¿Se tratará acaso de incrementar el PIB y de crecer por crecer, o más bien, buscar la satisfacción de las necesidades humanas de forma eficiente y justa? De la respuesta que se dé a estas cuestiones, habrá de derivarse —o no— unas propuestas políticas a la altura de los tiempos y una cultura empresarial abierta a la co-creación de un mundo mejor, asentado sobre la base firme de un entorno sostenible.

No constituye un secreto que, por este camino no podemos seguir mucho tiempo. Si no cambiamos de paso, toparemos con un panorama poco halagüeño: de un lado, crecerá el abismo de la desigualdad entre países y regiones, y en el interior de las sociedades. De otro, la explotación irracional de un planeta finito, ya excesivamente contaminado y caliente; la desaparición de la biodiversidad; el agotamiento de recursos no renovables; la preocupante circunstancia del envejecimiento de la población y la explosión de la bomba demográfica a mediados de siglo. Constituye capítulo aparte, el peligro de la concentración del poder —económico, político, tecnológico— en unas pocas manos de Big Brothers con acceso inmediato a

Big Data y a su Analytics. ¿Qué decir del fantasma de una —no imposible— guerra nuclear, del choque de civilizaciones, de la inseguridad derivada del fanatismo terrorista, del drama de la migración y de la tragedia de los refugiados?

Con la implícita agenda política, socio-cultural, y económica ha de entenderse como el telón de fondo en el que se han venido inscribiendo las propuestas llevadas a cabo por la ONU desde hace unos 40 o 45 años: desde la Conferencia sobre el Medio Humano (1972), hasta la adopción de los 17 Objetivos del Desarrollo Sostenible (ODS) de 2015, pasando por el denominado Informe Brundtland de 1987. En este documento, se acuña el término Desarrollo Sostenible, es decir, aquel que permite a las generaciones actuales satisfacer sus necesidades, sin poner en riesgo las posibilidades de que las futuras satisfagan las suyas.

En 2015, la ONU establecía la denominada Agenda 2030, a la que se adhirieron 195 países; y en la que se fijó un reto lapidario: transformar el sistema —política, cultural, educativa, social, religiosa, económica—, para erradicar la pobreza, la desigualdad y el hambre; y para diseñar una economía baja en carbono, respetuosa con el medio ambiente. A ello están convocados los gobiernos, la sociedad civil y las empresas. Tras dos años de una generalizada promoción de los ODS. ¿Qué balance cabe hacer? Aunque no hay datos precisos ni indicadores exhaustivos con que medir los resultados de las 169 metas —¡ahí es nada!, el Informe de los Objetivos de Desarrollo Sostenible

LA AGENDA 2030, FIRMADA POR 195 PAÍSES, ÁSPIRA A ERRADICAR LA POBREZA Y EL HAMBRE PERO FALTA VOLUNTAD POLÍTICA

2017 indica que necesita mejorar... Y ello porque sólo un 7% de los ODS se halla en un estado de consecución razonablemente presentable. Por lo demás, las opiniones respecto a este fenómeno de la empresa sostenible, están netamente divididas. Los más optimistas ven en ello un ejercicio de responsabilidad empresarial y una oportunidad para innovar y hacer mejores negocios en el futuro. Los más escépticos recelan de si no será una moda más, un simple lavado de cara y una ocasión para que las consultoras obtengan pingües beneficios elaborando informes.

Unos y otros, sin embargo, reconocen que, tomados en serio, los ODS constituyen una oportunidad inmejorable para llegar a ser cada día más y mejor empresa; y para llevar a efecto una gestión ética, que contribuya al desarrollo humano integral de todas las personas, desde el respeto a unos procesos naturales y a la vida en el universo tal como la conocemos. **LR**

POR
**JOSÉ LUIS
FERNÁNDEZ**

Director de la Cátedra de
Ética Económica y
Empresarial de la
Universidad Pontificia
Comillas ICAI-ICADE